

Jaime Loring, en las oficinas de Iemakaie, la ONG que dirige en Córdoba. **SUR**

«Hace falta un gobierno del mundo para la justicia social. Dejémonos de historias»

Jaime Loring Jesuita, economista, ingeniero agrícola y fundador de ETEA

**JOSÉ VICENTE ASTORGA**

✉ jvastorga@diariosur.es

La universidad y la labor social ocupan a este pionero de la formación empresarial en Córdoba y quinta generación de la saga de Boston que hizo historia en Málaga

MÁLAGA. La ONG Iemakaie -Bienvenida- va por los 17 años de vida. Infancia, exclusión social y sida son el pan diario del equipo que lidera Jaime Loring, que dice que siempre hace lo que cree que tiene que hacer. Sigue a los 86 años con estancias en la Universidad Centroamericana, donde el asesinado Ignacio Ellacuría le invitó a finales de los 80. Ciudadano del mundo, debutó como huérfano de la guerra civil con un viaje sin vuelta de niño de la alta burguesía industrial a interno en El Palo. Se hizo jesuita y militó en el activismo por la democracia en Córdoba, pero antes, en los 60, fundó la Escuela Técnica Empresarial Agrícola (ETEA), germen de la Escuela de Empresariales y de la futura Universidad Loyola. No sabe ni le interesa quien es el actual mar-

qués o marquesa de Casa Loring. Se siente ciudadano del mundo sin curiosidad por ninguna estirpe.
-**Así que de nuevo, pronto irá a Centroamérica.**
-Sí, ya le dije que para vernos, mejor ahora, porque en la segunda semana de abril me voy a mis clases en la UCA, la Universidad Centroamericana, en El Salvador. Lo hago dos veces al año, y estoy allí tres semanas.
-**¿Qué hace exactamente?**
-Doy clases sobre teoría financiera. Ahora sobre mercado de futuros, y en la segunda estancia, en verano, gestión financiera a corto plazo. Llevo mucho tiempo, casi 34 años.
-**Todo empezó con el rector Ellacuría, que le reclamó.**
-Sí. Me había encargado un infor-

me sobre una explotación agrícola propiedad de la UCA, y luego la colaboración se amplió con la creación del máster en Administración y Dirección de Empresas.
-**¿Cree que él sabía que lo iban a asesinar?**
-No. no. El asesinato no. Si quiere que le diga. Habían tenido otras visitas en busca de armas, pensando que los jesuitas escondían armas. Él no sospechaba nada.
-**¿A los alumnos de la UCA les explica que el verdadero capitalismo no tiene alma?**
-Evidentemente. Yo tengo un libro de Gestión Financiera, y en la dedicatoria, en la primera página: 'A mis alumnos' les digo: «En este libro vas a encontrar cantidad de curvas, de números, de informes matemáti-

cos, pero detrás de cada número hay una persona y eso es lo importante». Estudiar la ciencia financiera pensando que detrás hay personas. Y termino la dedicatoria con una frase: los números son planos; las ideas profundas. Que os generen ideas, no sólo son para resolver una ecuación.
-**Pero negar el máximo beneficio es como para un jesuita negar la resurrección.**
-No diré nunca que no hay que maximizar el beneficio. Lo que digo es que no se pueden conseguir beneficios a base de injusticias. Se tiene que maximizar, pero por métodos justos.
-**¿Hacia dónde camina la globalización?**
-No puedo predecir el futuro. Puedo expresar adonde me gustaría que caminase. Mi idea es que hubo un tiempo en que había monarquías absolutas -Felipe II, Luis de Francia...- eso pasó a la historia, y hoy los reyes dependen del Parlamento. De la misma manera, aquella nobleza -hoy ser conde o marqués es meramente honorífico y no tiene más trascendencia-, es pasado. Pues yo digo, señores, los estados nacionales han pasado a la historia. No tienen razón de ser. Un español y un francés son seres humanos. Un sirio, un chino, un marroquí... todos seres humanos. Tendría que haber un único gobierno mundial donde todos los ricos del mundo financien los servicios sociales a todos los pobres del mundo. Una única agencia tributaria mundial que recaude los impuestos de los muy ricos para sostener servicios básicos a los pobres. El último infor-

Un profesor sin fronteras a uno y otro lado del Atlántico

me Oxfam, mire (se levanta y coge los folios del resumen) habla de que el 1 por ciento más rico de la población posee más que el 99 por ciento restante.

—Ya hay quien sostiene que existe ya un gobierno del mundo, aunque, claro, con otros criterios. El club Bildeberg algo tiene que ver. —Dejémonos de historias, hace falta un gobierno democrático del mundo que trabaje por la justicia social (golpea tres veces en la mesa). Eso creo que es el futuro y por eso hay que trabajar. El 1 por ciento de la población más rica tiene tanto como el 99 por ciento de los 7.000 millones de habitantes del planeta. Ese es el problema. El duque de Alba y el mendigo, seres humanos idénticos. ¿en qué se justifica esa desigualdad? A nivel de naciones, igual. Cuando yo voy a El Salvador no le estoy dando clase a los salvadoreños, sino a personas. En Córdoba, igual. Me es indiferente de donde sean. Las nacionalidades con la globalización han dejado de tener razón de ser. Ningún Estado es capaz de abordar los problemas que tiene. El problema de los inmigrantes es un problema mundial. ¿Se va a llegar a ese Gobierno mundial? No lo sé.

—Con su amigo Anguita hablará de estos y otros temas. ¿Qué opina él de esta idea?

—Tengo mucha amistad con él, pero hace tiempo que no lo veo. Recuerdo una vez que me decía: Jaime, tú te mueves por unos criterios, por tu fe y tus creencias. Yo por otras motivaciones. Al final lo importante es saber quién ha hecho más cosas por los pobres.

—Ahora el anticlericalismo parece una señal de pureza izquierdista. —Anguita no era anticlerical. La gente ataca a la Iglesia sin saber lo que hay detrás. Cáritas, colegios, ancianos... ¿que dentro hay cosas menos buenas? También es verdad. El anticlericalismo se fija en algunas cosas no edificantes, pero no en las muchas que hace bien.

—¿Como el trabajo del Papa?

—Ah, muy bien. Hay que apoyarlo de todas todas. Está haciendo un esfuerzo por poner a la Iglesia al lado del pueblo, y va como Jesús, curando enfermos, liberando de demonios, resucitando muertos.

—De usted diría seguro que es un pastor que huele a oveja.

—Ah, no sé lo que diría.

—Se atreve a un paralelismo entre lo nuevo más radical que asoma en la política española y la llegada de los comunistas al gobierno de Córdoba con Anguita a la cabeza, demonio con orejas y rabo.

—Si me habla de la actual política española, lo único que se me ocurre decir es que es lamentable. Los discursos no pasan del insulto de unos a otros. Cada uno busca su poder y prestigio. El problema del ciudadano no lo trata nadie. No me hable de eso...

—No es usted persona que se prodigue en actos de reconocimiento. ¿Cómo vivió la Medalla de oro de Andalucía?

—Bien. Hago las cosas que creo que en conciencia debo hacer. Ni busco

MÁLAGA. Si no fuera porque no controla su sonrisa socarrona —le pasa igual con la tos de un pasado unido al ducados— parecería un anciano hosco. A veces refunfuña, pero son siempre argumentos. En Córdoba es una institución. Hijo Adoptivo y medalla de la ciudad, los adornos civiles y académicos le caen a este cura a uno y otro lado del Atlántico, donde lleva más de 40 años de labor docente. El pasado 28-F recibía la medalla de oro de Andalucía. «La tengo en un cajón», revela el lugar

el reconocimiento ni eludo la crítica. Hubo un grupo de gente preocupado que promovió la candidatura y que insistió ante la Junta.

—¿Menos gente de la que le propuso como alcalde de una lista de izquierdas en Córdoba en su día?

—Bueno, fueron pocas personas. Aquello no fue a ningún lado.

—¿Se arrepiente de algo en aquella época de la transición?

—Tanto como arrepentirme no. Yo no era franquista, pero tampoco un opositor activo. Participaba en actividades de la oposición, como el círculo Juan XXIII, del que fui presidente, pero no fundador como algunos creen. Algún gobernador civil me llamaba al orden, pero nada especial.

—Usted apenas conoció a su padre.

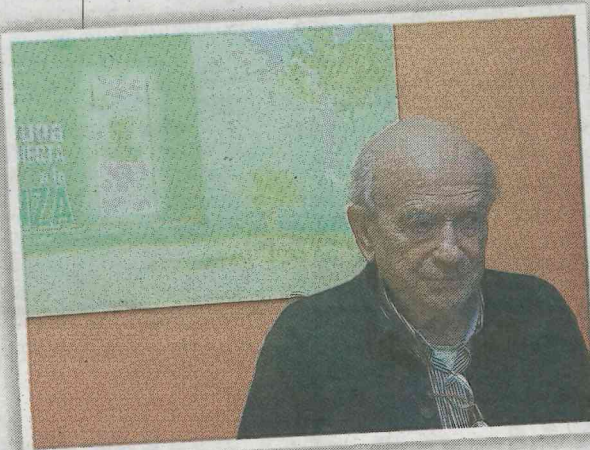
—Apenas. Tenía cinco o seis años cuando lo mataron. Tengo alguna imagen de él. Nada más.

A la nada

—Su madre con ocho hijos, por aquella España en guerra, ¿le recuerda en algo, salvando las distancias a los refugiados?

—No tiene comparación. Aquello fue lo siguiente. Mi padre, ingeniero, había creado una fábrica de aviones y su cliente lógicamente era el gobierno, el Ejército. En Julio estalla el Movimiento. Que estuviera relacionado con él es algo que no me consta. Era un empresario de derechas, de la CEDA, y era buscado por los rojos, palabra que a mí no me gusta. Prefiero decir republicanos. En septiembre del 36 lo fusilan. Mi madre, con 36 años, viuda y con ocho hijos, el mayor 15 años, pasa de un estándar de vida alto, qué se yo, de traer el Zepelin a Sevilla. De ahí a la nada. Recuerdo dos escenas. Las he contado muchas veces. Yo le decía: Mamá, tengo hambre de pan. La otra es que ella estaba preocupada con las vitaminas y pensaba que la piel

del último reconocimiento este jesuita poco amigo de halagos y con una extensa labor en favor de la formación universitaria en Córdoba en el siglo XX. Profesor emérito de Económicas vinculado a la Universidad Loyola de Andalucía, su papel en programas de formación doctoral para docentes en Centroamérica y años antes en Cuba —«ahora ya no están las personas con las que colaboramos en la Facultad de Económicas de La Habana»— Jaime Loring Miró recibió en 2015 la Medalla al Mérito Extraordinario de la Universidad Centroamericana, donde redobló su ayuda tras el asesinato de Ignacio Ellacuría.



Jaime Loring nació en 1929. **■ SUR**

de la naranja las tenía. Al que se la coma con piel, le doy otra, nos decía, y yo, con seis años, claro que me las comía. En el Madrid sitiado, vivíamos en el barrio de Salamanca, y el gobierno nos metió en casa a 18 personas. Ellos eran los buenos y nosotros los malos. Muy mal. Mi madre pensó en irse a Barcelona, consiguió llevamos a todos y ya pasó el resto de la guerra allí, en casa de mi abuela. Al acabar la guerra, los otros Loring, que estaban en la zona nacional nos sacaron por Port Bou a Francia y luego y nos llevaron hasta Irún. De allí a Málaga a buscar la protección en Málaga. Estuvimos en casa de mi tía Cristina y como éramos muchos y no cabíamos, a mí me metieron en El Palo. En aquel enorme colegio, yo solito, en verano. Como era huérfano de guerra, todos se volcaron conmigo, el único niño. Juguetes, regalos, la playa..

—En los Loring, empresarios pioneros, ingenieros... ¿Ha hecho algún análisis de la saga familiar?

—George Loring, que vino en el primer tercio del XIX a Málaga, se casó con la hija de su criada, y un hijo se casa con Amalia Heredia Livermore, una hija de Manuel Agustín Heredia. Juntaron los dos capitales. De ahí vino lo de la finca de La Concepción. Eran unas personas con cierto sentido social y en una peste por su colaboración la reina Isabel II les concedió el título de marqueses de Casa Loring.

—¿Quién tiene ese título ahora?

—No lo sé. Tampoco me ha preocu-

pado mucho.

—Se han reunido recientemente

—El año pasado. Nos reunimos en La Concepción, algunos ya con salud bastante precaria.

—¿Cómo se ve dentro del clan? ¿El más...?

—No soy el más que nadie.

—¿La gran virtud en la saga?

—Yo creo que cada uno hemos hecho lo que teníamos que hacer. No me considero heredero de ninguna saga.

—Pero tener institutriz irlandesa desde la cuna marca...

—Habrá influido, pero yo soy yo.

—¿Nadie le dice, por ejemplo, Jaime, el rojo?

—No. No he tenido ningún problema, ni con hermanos, ni con primos. Nosotros somos ocho, dos varones jesuitas y de las seis mujeres, cinco monjas. Sólo se casó la pequeña.

—¿Qué posee Jaime Loring?

—Yo, nada. Soy jesuita. La compañía sí.

—¿Hay Loring ricos?

—Entre mi familia, si habrá. Hombre, no sé qué entenderá por ricos. Hombre, los Loring no son pobres.

No denunció

—¿No percibió rencor en su madre hacia los asesinos de su padre?

—No. Mi madre era profundamente creyente, y nos crió en casa en un ambiente cristiano, pero no beato. A mi padre lo fusilaron en su fábrica de aviones. Tengo un cuadro con un homenaje que le hicieron los obreros en los mejores años, pero en el año 29, con la crisis, hubo reducción del presupuesto, y la fábrica se queda sin trabajo. Se pone a fabricar otras cosas, pero en 1935 consigue un gran contrato del Gobierno para fabricar cien aviones. Hubo que meter cantidad de obreros nuevos que no le conocían. El cabecilla entre ellos que lideró su asesinato fue un tal Vidal, que después de la guerra andaba por Madrid. Mi madre nunca lo quiso denunciar, pero sabía que él había promovido el asesinato.

—¿Qué le despertó a usted el interés por las causas sociales?

—No sabría decirle. Siendo jesuita estudiante, con 25 o 26 años me preocupaban. ¿Por qué? No lo sé. Yo sé cómo soy.

—¿Y la elección de Córdoba?

—Fue una coincidencia. Eran los años 50 y un grupo de teología en Granada creamos lo que llamábamos el equipo social. Alguno tiene que saber algo de agricultura, se planteó. Así que me presté, con lo cual al terminar Teología, me fui a un centro

de los jesuitas en Toulouse a estudiar ingeniero agrónomo. Coincidió que un Labrador, Lorenzo López Cubero, perdió a su hijo y quiso hacer un legado. Se dirigió al provincial de los jesuitas, José Antonio Sobrino y aquel y el grupo de trabajo social se nos encargó que satisficéramos ese deseo. Por eso estoy en Córdoba.

—¿No había en su caso una vinculación especial con el campo antes de embarcarse en la idea?

—Yo no era agrícola para nada, pero siempre me ha preocupado. He vivido en Madrid, Barcelona y Málaga. No había visto una lechuga. Sólo en el plato. Pero el problema del campo siempre me ha interesado.

—¿Qué errores cometió? ¿El proyecto pudo ser más de lo que fue, siendo ETEA importante?

—No le sabría contestar a eso. Fue lo que fue. Nadie nos dijo qué teníamos que hacer. Lo averiguamos nosotros, puestos a hacer algo por la agricultura andaluza. Se había creado poco antes el Icade en Madrid, el Esade de Barcelona Heredamos esa idea de ciencias empresariales, que no existía como carrera, y las especializamos en agricultura. El plan de estudios lo hice yo, con 50 por ciento agricultura y el resto administración de empresas. Hubo que improvisarlo todo.

—¿Qué le decían sus amigos de Izquierda sobre la reforma agraria en Andalucía, ya en los ochenta?

—Yo he hecho las cosas que en cada momento creía que tenía que hacer. No he tenido un objetivo a largo plazo, pero siempre de acuerdo con los principios de la compañía de Jesús... —A nivel práctico, toda aquella siembra de ETEA prosperó con casos de éxito.

—Si. Conseguimos empresarios que gestionaban sus fincas como empresas. De ETEA salían empresarios con control de gastos, no labradores.

—¿Le ha sorprendido que en este periodo de crisis el sector agroalimentario haya sido un salvavidas económico en Andalucía?

—Siempre ha tenido gran peso. Andalucía lo ha tenido siempre. Nada que ver con la realidad que yo conocí. Son otro tipo de empresas...

—De ETEA a la fundación Universidad Loyola. En Málaga negocian para que se instale...

—Pues mire. Eso es posterior a mi jubilación. No tengo responsabilidad. Recibo noticias, sé por donde van las cosas, pero responsabilidad en la gestión de la Universidad Loyola no tengo ninguna. Ahora me dedico a esto que usted ve aquí, Iemakaie, una ONG que significa bienvenidos en una lengua africana, y esto es lo que hacemos. Una residencia para psicodéncientes, que está en La Carlota; en Montoro tenemos un centro de atención temprana para niños son problemas de motricidad hasta seis años dedica, y el que llamamos programa Seguimiento que se ocupa de personas en riesgo de exclusión social en Córdoba: droga, prostitución, sida. Somos una ONG que hace cosas, y lo hemos pasado mal como otras porque dependemos mucho de la Administración.

LAS FRASES

«Hago las cosas que creo que debo hacer. Ni busco el reconocimiento ni eludo la crítica»

«Al final, me decía Anguita, lo importante es saber quien ha hecho más por los pobres»

«Estoy en contra de todos los nacionalismos. Cuando doy clase, son personas sean de donde sean»